

Servidumbre, goce y redes sociales

Entre la fiesta y la contrafobia

Una vez sumergido en la comunicación, nadie puede regresar al paraíso de las almas simples.

Matías Guirado

1. ¿Quién te manda gozar?

En un artículo publicado en esta revista¹, Cristina Ambrosini señala algunos rasgos fenomenológicos del usuario normal de las denominadas ‘redes sociales’ (apropiación del perfil público de los famosos, tendencia al exhibicionismo y al voyeurismo, etc.) y esboza un diagnóstico acerca del sentido de la experiencia ligada a ese uso. Su método de análisis combina la aplicación de conceptos de la sociología de Zygmunt Bauman y la psicología evolutiva de Robin Dunbar, la recolección de datos estadísticos y la presentación de una tesis consagrada como elemento de contraste: la tesis de la servidumbre voluntaria de Étienne de la Boétie. El diagnóstico es esencialmente optimista. La autora reconoce que “todos estamos sometidos a las reglas de las Empresas comerciales que controlan” las redes, pero concluye que “las conexiones virtuales pueden ser la oportunidad de recuperar el erotismo y vivificar el lazo social”; así, “Internet también puede ser vista como una gran fiesta”².

Personalmente, no comparto el optimismo de la profesora Ambrosini. Sin embargo, importa poco discutir cuestiones relativas a la predisposición de ánimo con que quepa caracterizar el impacto de las redes sociales (y la posibilidad de “recuperar el erotismo”). Lo esencial es comprender su lugar en la cultura actual y sus efectos en la subjetividad contemporánea. Mi objetivo aquí será, precisamente, ensayar una nueva intelección de estas cuestiones, centrada en la crítica social y el análisis metapsicológico.

Opino que, más allá de facilitar la necesaria interacción entre las personas, las “redes sociales” propician un patrón de sobreexposición de uno mismo que pervierte el papel y el estatus de la alteridad, convirtiéndola en algo secundario y testimonial. Esto sólo es posible sobre la base de una novedosa modalidad de fetichización de las relaciones sociales, ligada a las condiciones del desarrollo capitalista tardío. Básicamente, se impone un campo fantasmático para la experiencia cotidiana y un concomitante modelo de persona que hace de la explotación constante de sí mismo y la espectacularización de las alienaciones cotidianas una condición para la “realización personal”. El otro queda asimilado al papel de pieza mirona y pierde eficacia semántica como ser-en-el-discurso. El Capital agencia así un régimen del goce que sobredimensiona el papel de lo imaginario a costa de una concomitante degradación de las condiciones estructurales para la individuación. Este resquebrajamiento

¹ Ambrosini, Cristina. “La servidumbre voluntaria y las redes sociales”, *Perspectivas metodológicas*. vol. 2, no. 16. Diciembre 2015.

² *Op. cit.*, p. 108.

de la intersubjetividad simbólica abre el umbral de una relación a-simbólica con un *Alter* que seduce mandando gozar.

Cabe advertir de entrada que este juego de circunstancias no es asimilable a una despolitización de la experiencia colectiva o a una apocalíptica pérdida de “valores”. Pero, en rigor, tampoco excede los límites de un entramado dentro del cual la voluntad de (a)parecer y la impresión que se busca producir agotan el interés y la sustancia de la comunicación. A la postre, la dilucidación de ese entramado ayudará a desocultar una compleja maquinaria productora de subjetividad operativa en la sociedad actual.

2. Personalización y sobreadaptación

Parte de la dinámica de las sociedades posindustriales responde a lo que Lipovetsky³ ha caracterizado como fenómeno de *personalización*: la emergencia de un novedoso proceso de socialización, basado en el consumo masificado y la realización individual como valor fundamental. Esta mutación, operada a la sombra de la reproducción del capital financiero y de servicios, marca la puesta en marcha de una peculiar “tecnología del yo”.

El control de las conductas adaptadas deja de ser una prerrogativa institucional y pasa a ejercerse en el fuero interno mediante la incitación de una estrategia de promoción de uno mismo como individuo productivo abierto a un horizonte de constante superación. “La privacidad y el individualismo (...) van conformando una utopía de realización por fuera, con indiferencia del conjunto social”⁴. La violencia física legítima queda relegada al disciplinamiento de los excluidos.

La promoción de una racionalidad emprendedora y proactiva, así como el estímulo de una lógica de la administración privada de los costos y los beneficios, son los dispositivos de los que se vale el capitalismo tardío para disciplinar los cuerpos y las almas. El mercado perfila, tanto un modelo existencial (una concepción de la buena vida), cuanto una ética de la existencia (un conjunto de criterios de ponderación de las conductas).

Pero el individuo adaptado es, en rigor, un *sobreadaptado*: el ideal de sí que proyecta como horizonte no es otra cosa que la respuesta mecánica a una velada estratagema de sumisión de todos los aspectos de la cotidianidad a la lógica empresarial. Se construye un sujeto que desprecia las expresiones populares y abstrae con discursos moralizantes los conflictos derivados de la legalización de la desigualdad, la exclusión y la violencia institucional. Su prerrogativa es gestionar una vida exitosa y administrar un espectro de recursos materiales, estéticos y afectivos que le permiten delimitar diversos campos de pertenencia (el de los amigos, los “ciudadanos que pagan impuestos”, los

³ Lipovetsky, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 1986.

⁴ Galende, E., *De un horizonte incierto: psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*. Barcelona: Paidós, 1997, p. 67.

“emprendedores”, “los intelectuales”, etc.). Bajo la fachada del sujeto liberal palpita una bestia biopolítica.

3. La emergencia del goce escópico como factor disciplinario y adaptógeno

La consolidación cultural de la identidad tardocapitalista (sobreadaptada) como modelo universal de persona atravesó dos fases: una primera fase de espectacularización mediática de la vida individualista pedestre ligada al auge de los denominados ‘*reality shows*’ y una segunda fase de sobreexposición del yo vinculada al surgimiento de las denominadas ‘redes sociales’ (por cuestiones metodológicas, mi análisis recaerá sobre *Facebook*).

El formato *Reality show* es bastante rudimentario: en su versión más cruda, se convoca a un conjunto de individuos, se los encierra en un mobiliario, se los filma las veinticuatro horas del día y se expone el material más relevante (más siniestro). El espectador “espía” la cotidianeidad de los enclaustrados y ostenta el “poder” de “opinar” cuál de ellos debe quedar “eliminado” del “juego”. Los “nominados” suelen ser previamente elegidos por sus “compañeros”, cual candidato al matadero. El premio es un monto de dinero y el reconocimiento del “público”.

Vemos actuar aquí -en un marco acotado, experimental- instancias de disciplinamiento típicas de las sociedades postindustriales: la amenaza de exclusión, la competencia por la aprobación, la desconfianza hacia el otro travestida por una empatía impostada, la presunción de la neutralidad axiológica del proceso, etc. A esto se incorpora el factor-impunidad típico del control disciplinario: el sujeto observado no sabe quién lo ve, en qué situación y en qué momento. La inverificabilidad del acto de vigilar lo obliga a actuar como si lo viera “todo el mundo”, en todo momento y lugar. Hay aquí un parentesco con el modelo de arquitectura panóptica de las instituciones de encierro⁵: se ejerce un efecto permanente de visibilidad que torna irrelevante la existencia de un observador y garantiza el funcionamiento automático del poder.

Producida la caída del Muro de Berlín, el vaciamiento de los procesos sociales populares y la retracción de la esfera pública del Estado resquebrajaron la articulación de lo individual y lo social, gestando las condiciones para que la experiencia privada se consolide como ámbito constitucional de la subjetividad y punto de partida para la configuración de vínculos sociales. El individuo se repliega en los rasgos masivos del consumo y la posesión de objetos e imaginarios de satisfacción personal.

La comunicación de masas ya no se ejerce a partir de valores preexistentes en la esfera pública-histórica. La propia experiencia individualista cotidiana es massmediatizada y convertida en producto en base a los agregados de la espectacularización hiperrealista. Este desarrollo, inmanente al capitalismo tardío, ha determinado que el individuo de la vida cotidiana y la figura que los medios construyen ya no sean distintas. Se gesta así un cortocircuito definitivo con la alteridad, entendida como sociedad e historia, que da paso a la *era de la transparencia*⁶.

⁵ Foucault, M., *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI, 1977.

⁶ Baudrillard, J., *La transparencia del mal*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1991.

4. Facebook y el factor despótico

La era de la transparencia es la antesala de la *sociedad del rendimiento y el cansancio*⁷. Marca el declive de una matriz disciplinaria y mercantil, centrada en el control institucional de las conductas y la represión de los sujetos excluidos, y la emergencia de otra en la que la búsqueda de maximización de la eficiencia en todas las áreas de la vida privada, así como exhibición constante del logro personal, componen una ética y una estética de la existencia. La condición improductiva pasa a ser, no sólo una determinación a reprimir, sino también una inmoralidad.

La sociedad del rendimiento trae a colación una lógica de la explotación de sí mismo, internalizada como factor de realización personal. Esta transmutación del concepto de uno mismo y su libertad sólo es posible a costa del vaciamiento del lugar de la alteridad, tanto individual como social, operada por la cultura neoliberal.

El registro imperialista del Capital es una marcha hacia la conquista de *la realidad*. La falta de contraste y la dictadura cultural de la racionalidad de mercado determinan la sustitución del sujeto (el *ser-con*) y el objeto (el *ser-a-la-mano*) por la imagen y la información. Emerge una sociedad especular y escópica, una segunda fetichización de las relaciones sociales y las relaciones de producción.

La conquista de la realidad se efectúa a costa de lo que podemos denominar el ‘factor despótico del Capital’: se trata de sostener el goce de un déspota que goza a cualquier precio y que se sustrae a todo orden simbólico (jurídico, ético, nacional, étnico, etc.). La aniquilación de la función simbólica determina un plus de goce social que sólo puede obtenerse en el ejercicio de lo insignificante, en la atrocidad y el cinismo exentos de culpa o responsabilidad. Abundan las dominaciones y las servidumbres pueriles, la yuxtaposición de piezas sádicas y piezas masoquistas, la hipocresía y el ventajismo. Esta compulsión criminógena tiene su asiento fenomenológico en la explotación del hombre por el hombre y representa una tentativa fallida por *cuantificar* la plusvalía; por *escribir* el goce del “cuerpo sin órganos del (...) ser capitalista”⁸ que administra la carencia y la violencia.

La máquina capitalista opera como el padre real exceptuado de la función fálica (el *Existe uno que no* de Lacan). Gestiona la objetivación de la subjetividad en el campo social bajo el imperativo del goce que obtura la falta de auténtica subjetivación (léase: ‘individuación’) y lleva al anclaje en una identificación primaria atravesada de pulsiones agresivas⁹.

La inflación de lo imaginario en detrimento de la significación como lugar de la falta determina el imperio del culto de la imagen y el imperativo del goce escópico. El resultado es una ingeniería social *cínica*, que pregona la empatía y la solidaridad y, en rigor, ejecuta la destrucción del campo trascendental para una auténtica comunicación. La exclusión

⁷ Han, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.

⁸ Deleuze G. & G., Félix. *El Anti-Edipo (capitalismo y esquizofrenia)*. Barcelona: Paidós, 1985, p.19.

⁹ Sobre las conexiones entre violencia y goce, véase Bermejo, Carlos. “Preliminares sobre algunas violencias a la luz de la lógica de la sexuación y la última teoría de los goces”, *Revista electrónica a-nu-damientos* no. 2, Diciembre 2003.

golpea, no sólo a la alteridad fáctica (los pobres, los inadaptados), sino también a lo que la hace posible. El cariz criminógeno del Capital es excusado en la libertad y el mérito del ciudadano, devenido empresario de sí¹⁰. La invisibilización (o desaparición imaginaria) de la víctima del crimen, auspiciada por el ahogo de las condiciones para la emergencia del otro social como sujeto y destinatario de la enunciación, se hace pasar por ausencia de crimen.

El paso del formato-*Reality* al formato-*Facebook* es un jaque-mate cultural. Prepara el camino para la aniquilación del objeto y la completa sumisión de lo simbólico a lo imaginario. La maquinaria capitalista se apropia de la realidad y del tiempo: transpira flujos de información, poses y miradas que anulan la significación. Sólo deja espacio para el gusto complaciente (quizá impostado) o un asqueamiento silenciado. Sólo vale gustar y ser gustado. Los aspectos opacos de la individuación (la vergüenza, la timidez, la intimidad, la privacidad, el anonimato, el derecho a *no estar*) son vectorizados como tendencias antisociales. Paradójicamente, la lógica panóptica del Gran Hermano se universaliza como paradigma de salud mental. Tras bambalinas, palpita una verdad socarrona: la personalidad siempre positiva, exhibicionista, sonriente, emprendedora es el trabajador ideal: maximiza la producción, lo hace con gusto y no puede dejar de hacerlo. Ser productivo, proactivo es a esta altura una *compulsión a autoexprimirse*. Como corolario, la disposición de medios efectivos para la comunicación virtual adopta un matiz contrafóbico y se convierte en una lucha por obturar una falta que es percibida como vacío. El posteo constante de contenidos, generalmente ligados a aspectos pedestres de la vida corriente o a ocurrencias esporádicas carentes de articulaciones lógicas, así como la expectativa fundada en el efecto que se produzca en la alteridad escópica, son factores esenciales para el sostenimiento de la subjetividad contemporánea. Mostrarse y expresarse son ahora tentáculos de un modo de producción que se ha independizado del sentido y la significación en nombre de un régimen fantasmático. Emergen el estrés, el trastorno de ansiedad, la comparación con alteridades idealizadas, la búsqueda por sobredimensionar la imagen de sí; asoman el miedo a la frustración por ausentamiento de miradas deslumbradas y la imposibilidad de constituir vínculos por fuera.

El factor despótico arrasa con la significación y el indispensable decir: ‘No’ (“no quiero comunicarme, no me interesa ver esto, ni opinar sobre aquello”, etc.), socavando las condiciones de posibilidad de la individuación. La avidez de novedades restituye la dimensión del sentido perimido como mera renovación de la imagen. El goce escópico sustituye la función del otro del lenguaje, degradado a pieza mirona y a-significativa.

La incitación a participar que opera en estas formas de goce disimula la dimensión coercitiva del proceso. Comunicarse, consumir, gustar y mirar son formas de sometimiento y producción de valor vividas como elecciones deliberadas. La explotación ya no se cierne sobre el cuerpo sino sobre la libertad misma¹¹: ya no se la percibe como un modo de ejercicio de la dominación, porque es asumida a gusto por el explotado.

¹⁰ Sobre los criterios de gubernamentalidad neoliberal y su papel en la retracción del campo social, véase Murillo, Susana. “La nueva cuestión social y el arte neoliberal de gobierno”. *Revista Cátedra Paralela* no. 8, Diciembre 2011.

¹¹ Ver Han, Byung-Chul, *op. cit.*, pp. 58-59

5. Consideraciones finales

El formato-*Facebook* universaliza la experiencia de los partícipes del *Reality* (ese espacio de espectacularización de la cotidianeidad y exhibicionismo del yo) y vence las resistencias de buena parte de quienes, jactándose de una condición intelectual o una pertenencia cultural, juzgaban banal la complicidad con un elemental formato televisivo. La manzana a morder sigue siendo la misma: la conquista de una concepción trastocada de sí que deviene efectiva a expensas de un espectador idiota. El costo lógico de la masificación de la experiencia del mandar gozar escópico es la atomización del repertorio de espectadores posibles. El “beneficio” es la emergencia de una alteridad despojada de eficacia simbólica (esa eficacia que abre la posibilidad de la opacidad propia del proceso de individuación); una alteridad reducida al papel de soporte de la función autoerótica de la exhibición en la “red”.

Facebook opera un doble engaño: el individuo se aliena en nombre de un determinado modo de interacción virtual, en la fantasía de imponer como “real” la imagen de sí que busca proyectar y, al hacerlo, aliena al otro del lenguaje, que pasa a desempeñarse como sostén impotente de esa experiencia imaginaria. La sustancia del proceso es la eficacia de una imperceptible incitación al goce que impone una libertad imaginaria y una sumisión real. Se fomenta el sentimiento de un poder individual basado en la exhibición del rendimiento personal y se hace del exceso de positividad (de estímulos, poses, impulsos e información) una libertad obligatoria.

El rendimiento autista de la maquinaria capitalista es el saldo final del desarrollo de las vidas exitosas y da sentido a los goces parciales de los que se jacta el sujeto sobreadaptado y exhibicionista (sus viajes de placer, su auto y su casa sobrevaluados, su sofisticación en la alimentación y el cuidado del cuerpo, etc.). Se trata de una estrategia de poder que incita a que las potencialidades del ciudadano-consumidor, moldeado a la luz de los discursos y los imaginarios impuestos por el mercado, se naturalicen y sean comunicadas¹². El agente del proceso queda sustraído de los registros epistemológicamente teorizables: es el gran Socio psicopático del goce, el cuerpo lleno más allá de lo imaginario y lo simbólico. Su huella es el síntoma de no poder (d)escribir lo que *Facebook realmente* hace con la gente cuando la gente *imagina* hacer algo a través de *Facebook*.

¹² La prevalencia de lo imaginario (escópico-especular), en tanto factor adaptógeno de la lógica cultural neoliberal, y en detrimento del registro simbólico (socio-histórico), explica que los “gobiernos progresistas” de América Latina se vean atravesados en ocasiones por experiencias neoliberales y/o sean sustituidos por gobiernos neoliberales. Quienes abusan del discurso “anti-derecha” pierden de vista que el inconsciente no registra la función lógica del ‘No’ (lo que los lleva a ser promotores velados de la denominada ‘derecha’) y que la racionalidad de mercado alimenta un silencioso goce sádico enquistado en el cuerpo de las personas: el goce de las psicopateadas criminógenas del Capital (la pobreza, la exclusión, la violencia institucional, etc.). Evidencias de esto es la masificación creciente de imaginarios de denostación de las clases populares y de las instancias estatales que hacen posible su salida de la pobreza extrema y la invisibilización cultural. Mientras el Capital siga siendo el socio real (a-simbólico) del goce (y no hay razones para pensar que esto vaya a cambiar), el progresismo llevado al gobierno histeriqueará con el neoliberalismo (o perecerá bajo las cacerolas).